

Megan Maxwell

¿Tú lo harías?



Megan Maxwell

¿Tú lo harías?

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Megan Maxwell, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta y contracubierta: © Sito Recuero

Primera edición en Colección Booket: enero de 2025

Depósito legal: B. 20.164-2024

ISBN: 978-84-08-29770-3

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Como de costumbre, la comida familiar en casa de los Alcaide Martínez tenía pinta de que iba a ser un exitazo. Amparo, la matriarca, casada con Bertomeu, estaba preparando una de sus paellitas épicas en su bonito hogar madrileño, y tanto su marido como sus hijas, sus yernos y sus nietos esperaban para disfrutarla.

Estaban tomando el aperitivo mientras Ángela, la chica de servicio, les servía y los tres niños de la casa correteaban entre ellos. Amparo contempló gustosa el regalo que su yerno Lorenzo le había llevado.

—Tú solo tienes que pedirle lo que quieres diciendo siempre primero «Alexa» —le explicaba él—. Pero recuerda, suegrita, o bien enchufada a la corriente, o sobre esta base de batería inalámbrica para que siga funcionando, y conectada al wifi.

Amparo miraba sorprendida aquel artilugio mientras Lorenzo lo enchufaba y configuraba.

—Listo. Pregúntale la hora —dijo sintiéndose el gallo del corral.

Encantada por la cantidad de regalos que su yerno le hacía habitualmente, la mujer dijo:

—Alexa, ¿qué hora es?

De inmediato, del dispositivo salió una voz de mujer que le indicó la hora. Amparo y su marido se miraron sorprendidos.

—Recordad —insistió Lorenzo—, siempre que queráis preguntarle algo, primero debéis decirle su nombre: «Alexa». Y si, por ejemplo, queréis escuchar música, debéis decir «Alexa, quiero escuchar a tal cantante o tal canción». Y cuando queráis que pare solo debéis decir «Alexa, para».

—¡Qué modernidad! —rio Bertomeu.

—Ay, hijo, ¡si es que eres para comerte! —afirmó Amparo, que, dirigiéndose a la chica de servicio, a continuación, pidió—: Ángela, ve al cuarto de la colada. Tienes trabajo allí. Cuando te necesite, ya te avisaré.

La mujer asintió y se apresuró a desaparecer. Lorenzo sacó entonces dos dispositivos más de una bolsa.

—Y estas Alexas son para mis preciosas cuñadas América y Asia —indicó.

África, la mujer de Lorenzo y hermana de aquellas dos, miró a su marido, pero disimuló su malestar. Este se pasaba media vida agasajando a su familia para tenerlos a su favor. Para que ella siempre quedara como la tonta, la imbécil, la loca. Con disimulo, apretó los puños. Estaba furiosa. Antes de ir a casa de sus padres, Lorenzo y ella habían tenido una fuerte discusión, por millonésima vez, a causa del vestido que él le había hecho ponerse.

—Graciassssss, cuñadooooooooo —dijo América cogiendo una de las cajas.

Lorenzo sonrió y, mirando a la otra hermana, iba a hablar cuando Asia, que acababa de llegar de Valencia con su marido y su hijo, terció:

—Te lo agradezco, pero ya tenemos una en casa.

A Lorenzo no le quedó más remedio que aceptar su negativa. Asia no era tan fácil de contentar como su suegra y su otra cuñada.

—Alexa —dijo en ese momento Amparo—, pon música de Rocio Jurado.

Como era de esperar, el altavoz del dispositivo comenzó a sonar. Amparo aplaudió y exclamó dirigiéndose a sus hijas:

—¡La mejor! ¡La más grande! Y las letras de sus canciones decían verdades como puños.

Todos sonrieron. Sabían del amor de la matriarca por aquella cantante.

—Asia, América y África, id poniendo la mesa, que Ángela tiene que planchar —pidió entonces Amparo.

Sin dudarle, las tres chicas asintieron y luego América, dirigiéndose a sus dos hijos y a su sobrino, gritó:

—Berto, Samu y Laurita, ¡cuidado, no tiréis nada!

Como era de esperar, los niños no le hicieron ni caso. Ellos iban a lo suyo. Asia miró entonces a África, su hermana pequeña, y cu-chicheó:

—Pero ¿este de qué va?

—De Superman, como siempre —contestó África contemplando a sus sobrinos con cariño. Le encantaban los niños.

Asia asintió. Lorenzo se comportaba como un idiota con sus padres.

—Cada día lo soporto menos —susurró.

Al oír eso, África la miró. Sabía perfectamente que su hermana Asia y su marido Lorenzo no se prodigaban un excesivo cariño.

—Vais a jorobarnos la comidita con vuestros reproches y vuestras malas caras —protestó América.

Oír eso no era algo agradable para África, pues su hermana sabía lo infeliz que era en su matrimonio. Tras tomar aire, respondió con acidez:

—Tranquila, guapa. Que tú disfrutes de la paellita de mamá es lo primero.

América puso los ojos en blanco.

—Eres insoportable —bufó.

—Mejor me callo lo que creo que eres tú —replicó África.

América miró a su hermana pequeña y, cuando iba a responder, Asia intercedió:

—Venga, pongamos la mesa.

En silencio, las tres hermanas se pusieron manos a la obra. Minutos después apareció Lorenzo, el marido de África, que se acercó a ella y la cogió de la cintura.

—Vida mía, ¿te he dicho lo bien que te sienta este vestido? —le dijo.

África lo miró. Odiaba que la llamara «vida mía», odiaba aquel vestido y lo odiaba a él, pero, por desgracia, su vida era así. Una completa farsa en la que ella era la protagonista.

Desde hacía años, aquel que la halagaba delante de su familia, en la intimidad era un patán egocéntrico e insoportable que pasaba de ella.

En respuesta, África solo asintió en silencio.

Sin embargo, todo tenía un límite. No podía continuar así. Su

marido y sus padres controlaban su vida y eso se tenía que acabar, le pesara a quien le pesase.

Por amor a Lorenzo y a sus padres, ella se había perdido a sí misma en el camino. Durante años se había dejado controlar, pero eso se había acabado. Al mirarse aquella mañana al espejo tras la discusión por el puñetero vestido y tras los vídeos recibidos en su móvil, supo que su nivel de tolerancia había llegado a su límite.

Fue mirarse y preguntarse si quería vivir el resto de su vida de esa forma. Si quería vivir sin amor. Si quería vivir sin sexo. Si quería vivir sin experiencias. Y no. No quería.

Pero el problema era cómo terminar con aquel sin que gran parte de su familia se le echara encima, cómo hacer para que sus padres no la odiaran.

—Desde luego, cuñado, qué halagador eres siempre con tu «vida mía» —comentó América—. Ojalá Pepe me dijera cosas tan bonitas. Fíjate que me he cambiado el peinado y ni siquiera se ha dado cuenta.

Sin imaginar lo que su mujer estaba pensando, Lorenzo la soltó y, acercándose a su cuñada, indicó:

—Pues ese corte de pelo te da un aire más juvenil. ¿Cómo Pepe no te ha dicho nada?

Oír eso hizo que América volviera a sonreír. Lorenzo sabía muy bien qué decirle a cada persona.

—África, pásame las servilletas —pidió Asia tras soltar un suspiro dirigiéndose a su hermana pequeña.

La aludida se las tendió, justo en el momento en que a Lorenzo le sonó el teléfono móvil; miró la pantalla y dijo:

—Trabajo...

Una vez que él se alejó lo suficiente de su mujer y sus cuñadas en el enorme salón para atender la llamada, América comentó:

—Es tan mono...

—Monísimo —apostilló Asia, ganándose una sonrisa de su hermana pequeña.

Al oírlo, América miró a sus hermanas y gruñó:

—Desde ya os digo que hagáis el favor de relajaros, porque esto es una comida familiar y no la vais a jorobar, ¿entendido?

Instantes después, cuando América fue a por los platos a la co-

cina, Asia, que sabía que su hermana menor no estaba bien, se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado ahora? —cuchicheó.

África resopló. No era fácil hablarle de los archivos que tenía en su teléfono móvil.

—Algo muy gordo que ahora no puedo mostrarte o entrarás en efervescencia y liarás la que yo estoy intentando no liar —susurró.

Ambas sonrieron. «Entrar en efervescencia», para ellas, significaba que brotara la mala leche acumulada. Aquel idiota no paraba de jorobarle la vida a su hermana, y, cuando iba a hablar, África siseó mirando a su marido, que estaba más allá:

—No está hablando con nadie del trabajo. Fíjate en cómo disimula la sonrisa y nos mira de reojo. Está hablando con algunos de sus...

—África, por Dios... —murmuró su hermana.

La aludida asintió. Había omitido la palabra «amos» porque su hermana la había interrumpido.

—Es más —añadió África—, cuando cuelgue vendrá y soltará que ha surgido un problema en una de las obras y que tiene que irse después de comer. Y, por supuesto, durante la comida lo dirá con gesto compungido delante de todos y les hará saber que él, como el Arquitecto Superman que es, tiene que solucionarlo.

—África, ¿cuándo vas a mandarlo a freír espárragos? —musitó Asia compungida.

Ella la miró. Sabía que ese momento se estaba acercando. Lo que no sabía era cuándo ni cómo lo haría.

—Luis y yo estamos contigo —añadió su hermana—, lo sabes, ¿verdad?

África hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía que podía contar con ellos para todo lo que necesitara.

—Lo sé.

—Vida mía —dijo entonces Lorenzo acercándose—. Hay problemas en una obra.

África se hizo la sorprendida y, sin mirar a su hermana, murmuró con tono fingido:

—Ohhhh..., qué mala suerte, justamente hoy, que nos hemos reunido la familia y mi madre ha hecho paellita de la que te gusta.

Lorenzo se mostró de acuerdo con un gesto apenado y, cuando iba a responder, Laura, la hija de América, se aproximó a él.

—Tío Superman... Tío Superman... —dijo—. Berto y Samu me han pegado.

—¿A mi princesa le han pegado esos dos? —se quejó aquel.

La niña asintió, y Lorenzo, cogiendo a la pequeña en brazos, resolvió:

—Ahora mismo tu Superman particular lo solucionará.

Y, sin más, se marchó con su sobrina mientras África lo observaba.

Lorenzo no quería tener hijos. Le negaba ser madre una y otra vez, pero luego se desvivía con los hijos de los demás.

—Divórciate de ese gilipollas de una vez —murmuró Asia dirigiéndose a ella.

* * *

Quince minutos después, la familia bromeaba sentada alrededor de la mesa mientras Amparo alardeaba de su exquisita mano en la cocina y todos disfrutaban de la comida. El que más, Lorenzo.

Como siempre, la paella estaba buenísima y, como siempre, Lorenzo y su suegra demostraban a todos la excelente sintonía que tenían entre ellos.

África los observaba. A pesar de saber que era una desgraciada con él, ¡a su madre le daba igual! Le importaba más que su nivel adquisitivo siguiera siendo boyante y el qué dirán que la felicidad de su hija.

Ver cómo su madre bromeaba y besuqueaba a Lorenzo consumía a África. No lo soportaba. Se levantó y, mientras cogía una jarra vacía de la mesa, dijo:

—Voy a la cocina a por más agua.

—Tita, ¿voy contigo? —se ofreció el pequeño Samuel.

África lo miró. Su sobrino y ella tenían una conexión muy especial. Él era el hijo que nunca había podido tener, y con cariño murmuró:

—No hace falta, cielo.

—No tardes, vida mía, ¡o me comeré tu plato! —bromeó su marido haciéndolos sonreír a casi todos.

Una vez que la joven desapareció, fue directa a la cocina. Al entrar, cerró la puerta y, sentándose en una de las sillas de la cocina, se llevó las manos al rostro y murmuró para sí:

—Relájate..., relájate y no entres en efervescencia.

Durante unos segundos respiró para tranquilizarse, pero era complicado.

¿Por qué todo era tan injusto y difícil?

Su mierda de vida, la actitud de sus padres, Lorenzo, y... ¡todo! la estaban destrozando. Estaba acabando con ella.

Entonces oyó que comenzaba a sonar *Ese hombre* de Rocío Jurado a través de Alexa. Una canción que había oído muchas veces, puesto que a su madre le encantaba aquella intérprete.

África escuchó atenta la melodía y, como la conocía, empezó a tararearla mientras oía las carcajadas de su madre y su marido.

De todos era sabido que Amparo sentía una fuerte predilección por Lorenzo. Era su yerno preferido, y tanto Luis como Pepe lo tenían asumido.

Desde que Amparo lo conoció en un cóctel al que fue con su marido Bertomeu cuando este aún ejercía de periodista y supo que aquel era un arquitecto madrileño y que provenía de una familia adinerada y cristiana, hizo todo lo posible para que su hija pequeña dejara a Lolo, el chico con el que salía en Valencia, que era donde vivían antes.

Lorenzo era un arquitecto exitoso y varonil que provenía de una buena familia, y Lolo simplemente era un chico de barrio sin estudios y con un futuro incierto. Y, puestos a elegir entre los dos, a Amparo y a Bertomeu les pareció mucho mejor para su hija el arquitecto que Lolo.

África y este último llevaban juntos casi un año. Primero fueron vecinos. Luego amigos. Y al final novios. Ambos tenían diecinueve años y una relación ideal. Con mirarse se entendían. Pero al aparecer Lorenzo todo cambió. Sus padres querían para ella lo mejor, y África, dejándose llevar, se alejó de Lolo para comenzar una relación con Lorenzo, que inmediatamente la deslumbró.

Al ver aquello, y aunque sentía mucha rabia, Lolo lo respetó. Él

no podía ofrecerle nada a África, y Lorenzo podía ofrecérselo todo. ¿Cómo competir contra eso? Así que, deseoso de quitarse de en medio, aceptó un trabajo en Portugal y, sin decir más, se marchó.

En aquel momento África tenía diecinueve años y Lorenzo treinta y dos. Ella era una niña inexperta que estudiaba Periodismo en una universidad pública de Valencia, que soñaba viendo su película preferida, *Bajo el sol de la Toscana*, y él un hombre hecho y derecho que supo qué debía hacer para cautivarla.

Superman, como él se hacía llamar entre sus más allegados, había ido a rescatar a la dulce África, y esta caía inevitablemente en sus brazos como una damisela desvalida cada vez que la llamaba «vida mía».

Un año después, Lorenzo y África se casaron por la Iglesia con toda la pompa y la parafernalia, convirtiéndose en un precioso matrimonio digno de admirar por todo el mundo. Tan guapos. Tan monos. Tan perfectos.

Él la llevó a la Toscana de viaje de novios. Pasearon por Cortona y Montepulciano, unos pueblos que a ella la habían enamorado en su película preferida, y, tras la luna de miel, se trasladaron a vivir a un precioso ático situado en Madrid. Allí, Lorenzo le prometió ayudarla a cumplir sus sueños, entre ellos el de ser madre, pero primero debían asentarse como matrimonio, y ella, enamorada y eclipsada, lo creyó.

En Madrid, África terminó la carrera de Periodismo y, durante años, olvidándose de sus propias metas en la vida, se convirtió en la típica mujer florero junto a un hombre con poder. Lo único que Lorenzo quería era que ella estuviera siempre guapa, dispuesta, y fuera la perfecta anfitriona que lucir ante sus amigos. Y eso África lo cumplía a la perfección.

Sin embargo, según fueron pasando los años y la joven fue madurando, todo comenzó a torcerse. África no podía tomar ninguna decisión. No podía cortarse el pelo porque él la quería con su melena larga y oscura. No podía salir con sus amigos cuando iba a Valencia porque él se encelaba. No podía comerse una hamburguesa porque él lo consideraba un exceso de calorías. No podía elegir su ropa porque él la decidía en todo momento. No podía trabajar de periodista porque él ganaba suficiente dinero para ambos...

En definitiva, África aprendió a aceptar las cosas como él quería. O Lorenzo era el centro del universo o las broncas y el mal rollo estaban asegurados.

Y todo empeoró cuando él, sin que le importase destruir uno de los sueños de su mujer, le dijo que no quería hijos porque eso cambiaría su figura y no estaba dispuesto a estar con una mujer con michelines, pechos caídos, estrías ni kilos de más por culpa de la maternidad. Eso destrozó a África, que siempre había deseado ser madre.

Como necesitaba ocupar su tiempo en algo más que en ir a la peluquería y al gimnasio para estar perfecta para el gilipollas de Superman, de nuevo intentó trabajar de periodista en algún diario o revista. Su marido y su padre tenían excelentes contactos que podrían ayudarla.

Ni que decir tiene que tanto Lorenzo como sus padres pusieron el grito en el cielo porque ella quisiera trabajar. Pero ¿qué tonta necesidad era esa cuando él ganaba suficiente dinero para mantenerla? ¿Acaso no la tenía como a una reina?

Al final, por falta de apoyo y a causa de las continuas discusiones, África se olvidó del tema. Estaba claro que sus sueños simplemente serían sueños.

Un día se enteró de que su amiga Patry, la hermana de Lolo, había muerto a causa de una enfermedad. África asistió al funeral y allí se encontró con sus amigos de juventud, entre ellos, Lolo, que, como ella, había madurado y ya no era un niño.

Verlo después de tantos años le removió el corazón. Fue mirarse y abrazarse, y ambos volvieron a sentir aquello que habían sentido de jóvenes, pero que terminó cuando ella tomó su decisión. Tras el funeral, y apremiada por su marido, que la había acompañado, África regresó a Madrid sin despedirse de nadie, pues él así lo quiso.

Lorenzo era un hombre que sabía manejar muy bien a las personas, y desde el principio había sabido poner a sus suegros de su parte. Poseía una preciosa casa con jardín y piscina en un exclusivo barrio de Madrid, con servicio incluido, que era la envidia de muchos, y, deseoso de tenerlos contentos, se la cedió a ellos. Los animó a vivir allí y ellos, sin dudarle ni un momento, dejaron su piso

de sesenta metros cuadrados en Valencia y a Madrid que se mudaron. Si su yerno les ofrecía vivir gratis en aquel casoplón con jardín, piscina y servicio, ¿por qué desaprovecharlo?

A América y a su marido Pepe, que trabajaban en una asesoría jurídica en Valencia, él como informático y ella como secretaria, les había dado trabajo en su estudio de arquitectura en Madrid. Gracias a ello, ambos contaban ahora con dos buenos sueldos que les permitían vivir mejor que cuando estaban en Valencia, y, en los tiempos que corrían, eso era muy de agradecer. Pero con Asia y su marido todo era distinto. Ellos, evitando aceptar la ayuda que Lorenzo pretendía proporcionarles, se buscaron la vida en Valencia, donde continuaban viviendo. Ella era ortodoncista y él, tras terminar sus estudios de fotografía, montó su propio estudio y a ambos les iba muy bien. Nunca les había gustado aquel Superman de pa-cotilla.

Los años pasaron y África comenzó a despertar de su letargo y pensaba en Lolo. ¿Cómo le iría en la vida?

Empezó a reconocer que se encontraba en una jaula de oro y a darse cuenta de que aquello no era lo que ella quería, pero no sabía cómo abrir la puerta para escapar. Como se creía muy listo e intocable, Lorenzo no se percató de que África no solo se despertaba, sino que además estaba al tanto de sus devaneos con otras personas, hasta que un día, envalentonándose, se presentó en el hotel donde sabía que él estaba y lo pilló in fraganti.

Aquello horripiló a la joven. Su marido apenas la tocaba, raramente le hacía el amor, y ahora se lo encontraba allí con otras personas, disfrutando del sexo.

Humillado tras la pillada de su mujer, Lorenzo le suplicó, le imploró, le rogó que le diera otra oportunidad. La quería. La amaba. Era la mujer perfecta para él. Sabía controlarla y, sobre todo, ella era una estupenda tapadera para mantener su doble vida. Y África, viéndolo llorar como a un niño, lo perdonó a pesar de lo que pensaba.

Sin embargo, no pasaron más de tres meses hasta que una noche, tras discutir porque Lorenzo no quería mantener relaciones sexuales con ella, él le propuso que tuviera sexo con un amigo suyo. Oír eso la enfureció más aún. Pero ¿qué locura estaba dicién-

do su marido? Y este, viendo que había metido la pata y que quizá luego ella iría contándolo por ahí, comenzó a decir que estaba loca y se inventaba las cosas.

En busca de apoyo, y para adelantarse a lo que su mujer pudiera decir, Lorenzo habló con sus suegros. Les explicó que África se inventaba cosas terribles, y aquellos se echaron las manos a la cabeza horrorizados. Pero ¿caso su hija se había vuelto loca? ¿Cómo podía acusarlo de aquello al pobrecito que la llamaba «vida mía»?

Amparo y su hija América hablaron con África y le dijeron lo descontentas que estaban con ella. Le recordaron la suerte que había tenido al encontrar a un hombre que la tenía viviendo como a una reina y, aunque ella intentó contarles la verdad, Amparo y América, haciendo caso omiso de lo que les decía, insistieron en que diese gracias a Dios por haber puesto a Superman en su camino y le pidieron que se dejara de tonterías.

Por su parte, al enterarse de aquello, Asia se escandalizó y, desde Valencia, entró en efervescencia. Al contrario que su madre y su hermana mayor, le hizo saber a su hermana pequeña que no tenía por qué vivir con aquel imbécil, pero África, perdida y desconcertada, no hizo nada de nada.

No obstante, sin darse cuenta, algo había ido cambiando en ella. Con todo lo que le estaba pasando, la niña inocente de diecinueve años que había sido en su día se había esfumado para dar paso a una mujer que de pronto había empezado a quererse y a darse cuenta de que no era tonta. Y sin que Lorenzo lo supiera, contrató a una agencia de detectives para que le dieran información de todos los movimientos de su marido. Personales y comerciales. Quería saberlo absolutamente todo.

Lo que descubrió a nivel profesional era lo que imaginaba. Chanchullos con ayuntamientos y políticos. Dinero negro. Pero lo que la dejó atónita fue un vídeo en el que se le veía vestido de conejito jugando con dos hombres a los que llamaba «amos».

¿¿Amos?! ¿Lorenzo era sumiso, gay y tenía amos?

Verlo con orejitas rosas y el pompón en el trasero ofreciéndose a aquellos fue la gota que colmó el vaso para África. Por fin entendía por qué su marido nunca había sido fogoso en el sexo y por qué rechazaba acostarse con ella. A su marido le gustaban los hombres,

no las mujeres, y ella únicamente era la tonta que evitaba que la gente especulase.

Estaba pensando en ello cuando susurró:

—Como dice la canción, es un estúpido, un engreído...

De pronto, la letra de aquella canción, que había oído cientos de veces, sin saber por qué le hizo entender cuál era su realidad con aquel sinvergüenza, y cuchicheó:

—Mira, mamá..., por fin estamos de acuerdo en algo. La letra de esta canción dice verdades como puños.

Levantándose, abrió el mueble de la cocina, cogió un vaso y bebió agua. La necesitaba. Cuando terminó, supo que la puerta de su jaula de oro acababa de abrirse en ese instante. No iba a continuar casada con Lorenzo, aunque sus padres le retiraran el saludo. Tenía treinta y cinco años y era una mujer lista e inteligente, aun cuando ellos se empeñaran en hacerle creer que era tonta.

Por ello, después de llenar la jarra de agua, y antes de salir de la cocina, al cambiar a otra canción de la Jurado, cogió el dispositivo inalámbrico que Lorenzo les había regalado a sus padres y, saliendo adonde toda la familia estaba reunida, dejó la jarra sobre la mesa e indicó:

—Alexa, repite la canción *Ese hombre* de Rocío Jurado.

Todo el mundo la miró. ¿Qué hacía?

Acto seguido, cuando comenzó a sonar la música, África miró a su marido y soltó:

—Te la dedico porque te define a la perfección.

—¡Vida mía! —musitó él.

—¡África! Pero ¿qué locura estás diciendo? —la regañó su madre.

La joven tomó aire e indicó:

—Mamá, como tú dijiste, las canciones de Rocío dicen verdades como puños. ¡Y justamente todo esto y más es lo que yo pienso de tu amado Lorenzo!

Amparo miró horrorizada a su marido Bertomeu, que tenía la boca llena de arroz, y, cuando iba a hablar, África miró a sus sobrinos y pidió dulcificando su tono de voz:

—Berto, Samu, Laurita, ¡id a la cocina a por el helado y la tarta!

Los niños se levantaron de inmediato y América protestó:

—Pero ¡si no han terminado de comer!

Sin responder, y temblando por dentro, África miró a Asia y comentó:

—Acabo de entrar en efervescencia.

Su hermana asintió y, con la mirada, le transmitió que estaba con ella. Eso hizo que África se envalentonara más: tras sacar su teléfono móvil, le dio al vídeo para que comenzara a reproducirse y, enseñándoselo a todos, mirando a Lorenzo, dijo:

—Siempre dices que eres un marido fiel y yo una loca que me invento cosas. Pues muy bien, ¡vida mía! —se mofó—, ahora, si tienes huevos, dime a mí y diles a ellos que tú no eres el conejito de orejitas y pompón rosa en el trasero que está en el vídeo con esos dos tipos, a los que, por cierto, llamas «amos».

Todos se quedaron mirando la pantalla del teléfono de África sin dar crédito. Lo que veían era muy fuerte, bochornoso. Amparo apenas podía articular palabra. Su marido tampoco. Lorenzo no sabía dónde meterse. ¿Cómo había podido conseguir aquello su mujer? Y, cuando iba a hablar, África, tratando de evitar que la voz le temblara, declaró:

—Quiero el divorcio, y aunque nunca he sido egoísta, ni materialista, ni aprovechada, en este caso, y por primera vez en mi vida, lo voy a ser en mi propio beneficio. Estamos casados en régimen de gananciales y, tras haber sido tu tapadera para que la gente no sospechara de tu sexualidad, quiero todo, absolutamente todo lo que me corresponda. ¡Hasta el último euro!

—¡¿Qué?! —exclamó Lorenzo.

Se acabó el ser idiota, comedida y tonta. Él la había infravalorado. La había humillado. La había vejado. Y, mirándolo, cuchicheó:

—Tengo treinta y cinco años. Dejé mis sueños por ti. Me sacrificué por ti. No he tenido hijos por ti. He tragado lo intragable por ti, pero eso se acabó, y ahora quiero el divorcio y absolutamente todo lo que me corresponde. Y me da igual lo que mis padres o tú penséis, digáis o maquinéis, porque esta vez no voy a cambiar de opinión.

—¡África! —gritó Amparo.

—Pero, vida mía... ¿Qué te ocurre? ¿Acaso quieres matar nuestra idílica relación? —murmuró Lorenzo.

Oír eso hizo sonreír a África. Lo de «idílica» sobraba.

—No puedo matar algo que siempre ha estado muerto —replicó.

—Pero ¡esta muchacha se ha vuelto loca! —exclamó Bertomeu—. ¿Qué locura está diciendo?

A África no le importó oír a su padre. No esperaba apoyo ni de él ni de su madre, y con la mirada puesta en el que aún era su marido, siseó:

—Como se te ocurra liármela, jugármela o complicarme el divorcio, te juro que este precioso e instructivo vídeo en el que se te ve tan rematadamente bien disfrazado de conejito ofreciendo tu rabito y lo que no es tu rabito lo van a ver hasta en China, ¿te queda claro, Superman de pacotilla?

Ni que decir tiene que la que se montó tras sus palabras fue de órdago.

Sus padres, encolerizados y avergonzados por lo que África les había enseñado, le pidieron a Lorenzo que se marchara y este así lo hizo. Acto seguido, Amparo y Bertomeu, en vez de arropar a su hija, se le echaron encima. ¿Cómo podía haberles enseñado aquel vídeo de su marido? ¿Acaso se había vuelto loca para faltarles así al respeto? Y, cuando vieron que no iban a hacerla cambiar de opinión en lo que se refería al divorcio, le pidieron que abandonara la casa. Si se iba a divorciar, no querían tener nada que ver con ella.

África simplemente acató la orden. Ni lloró, ni suplicó. Tan solo cogió su bolso y, tras mirar a su hermana América, que consolaba a su madre, salió de aquella casa acompañada por Asia, su cuñado Luis y su sobrino Samuel. Si sus padres querían eso, así sería.

Esa noche, en la que durmió en un hotel con su hermana, su cuñado y su sobrino Samuel, por primera vez en mucho tiempo la joven se sintió bien consigo misma. Su decisión había cambiado su futuro y ahora podía ser libre. Libre para hacer y deshacer. Libre para disfrutar de la vida y el sexo. Libre para todo. Y, quitándose el anillo de casada, lo dejó sobre la mesilla y sonrió. Volvía a ser África.

Capítulo 2

Irene nunca quiso tener hijos.

Trabajaba en locales de *striptease* y era prostituta cuando se quedó embarazada del hombre al que quería, y decidió tener el bebé imaginando que él la cuidaría. En un principio, al embarazo lo llamó «accidente», y cuando nació la niña, a la que le puso el nombre de Belinda, lo llamó «inconveniente». Y más cuando el padre desapareció pasando de ellas.

Desde pequeña, Belinda siempre sintió que sobraba y molestaba. ¿Y por qué lo sabía? Pues porque su egoísta y desnaturalizada madre se había encargado siempre de hacérselo saber.

Para desgracia de la chiquilla, no tenía familia alguna. Irene nunca le dijo quién era su padre, por lo que se crio por temporadas en los servicios sociales y, cuando no, con ella, sin la posibilidad de recibir el cariño de un padre, unos hermanos, unos abuelos, tíos o primos. Para Belinda no existieron fiestas de Navidad ni de cumpleaños. Irene la ignoró siempre y ella, desde bien pequeña, tuvo que aprender a buscarse la vida, a refugiarse en la lectura de los libros, en la escritura, a vivir sin mimos ni abrazos y a mentir a los vecinos para que no volvieran a llamar a los servicios sociales.

Los años pasaron y Belinda creció. Era alta, guapa y rubia como lo había sido Irene, pero, a diferencia de ella, se alejó todo lo que pudo de los locales de *striptease* y de los prostíbulos. Ella quería otra vida. Quería tener amigos, una familia y, sobre todo, vivir sin tener que soportar al chulo de turno, como había tenido que aguantar a los de Irene.

Como necesitaba sentirse parte de algo y estaba tremendamente perdida en la vida, Belinda, animada por una mujer que conoció uno de los días que estaba sentada en un banco en el parque, comenzó a ir a una asociación de mujeres. Allí la ayudaron a quererse, a sentirse bien, a salir adelante y, sobre todo, a sentirse orgullosa de quien era.

Aquella jovencita de buen talante y sonrisa perpetua, a pesar de las vicisitudes de su vida, se merecía la oportunidad de mejorar su vida. Atrás quedó sentirse juzgada por tener la madre que tenía. Atrás quedó sentirse el inconveniente. Con el paso de los años, Belinda se convirtió en una integrante bastante activa de la asociación, aunque en su interior aún guardase cosas que le dolían.

A pesar de carecer de estudios, pues Irene nunca se había preocupado de que su hija aprendiera, instintivamente a Belinda se le daba bien expresarse mediante la escritura.

Escribir siempre había sido su válvula de escape. Contarle a un trozo de papel lo que le pasaba, la infelicidad que sentía y cómo lograba superarlo fue lo que hizo que no explotara.

Escribió infinidad de diarios personales desde bien pequeña. Cualquier papel o libreta eran buenos para desahogarse. Y cuando maduró escribió un par de manuscritos. Uno contando su dura vida y cómo la había encarado para no morir en el intento junto a Irene, a la que nunca llamaba «madre», y otro, relatando las experiencias de muchas de las mujeres que había conocido a través de la asociación. Eran relatos repletos de miedos e inseguridades, pero, por suerte, muchos terminaban llenos de positividad, superación y amor.

Además de eso, Belinda era una gran lectora de libros que sacaba en préstamo de la biblioteca. Por tanto, y a pesar de que tenía muy pocos estudios, sabía expresarse muy bien, así que se convirtió en la encargada de redactar los comunicados o los anuncios de la asociación que colgaban ofreciendo su ayuda.

Pero la vida es caprichosa, y un Alzheimer galopante, potenciado por las drogas y el alcohol que tomaba, le quebró bien joven la vida a Irene. Con veintipocos años, y a pesar de que aquella nunca la cuidó, la mimó, ni la abrazó, Belinda fue la única que se preocupó de su bienestar.

La joven no sentía amor por ella, del mismo modo que Irene nunca lo había sentido por su hija. Pero la palabra *madre* le pesaba. Aunque la mujer no se lo mereciera, sabía que no podía abandonarla. Y, por ello, la joven, pidiendo ayuda a todo el que pudo, encontró una plaza en una residencia de la Comunidad de Madrid, que pagaba mensualmente con esfuerzo, y una vez cada quince días iba a visitarla. Siempre eran los días 15 y 30 del mes.

Durante esos años, Belinda trabajó en todo aquello que le salía: camarera, limpiadora, paseadora de perros, mudanzas... Cualquier cosa era buena para poder pagar la residencia de Irene. Hasta que, gracias a una mujer de la asociación, consiguió un contrato en una empresa que llevaba el servicio de limpieza de un hospital.

La vida la había convertido en una mujer luchadora, y aprendió a buscarse la vida por sí sola. Nunca dependió de nadie, hasta que apareció Víctor y le mostró esa cara de la vida dulce y bonita que ella nunca había conocido.

Enamorarse y sentirse parte de la vida de alguien, y que ese alguien se implicara también en la suya, fue algo nuevo para Belinda y, dejándose llevar por la embriagadora sensación, lo disfrutó.

Ese día, tras salir de su visita quincenal a Irene en la residencia, pasó por una imprenta para recoger algo importante. Sin decirle nada a su novio, había escrito su bonita historia de amor, plagada de momentos especiales y divertidas anécdotas en unos folios que había llevado a encuadernar.

Miró su encargo encantada. Verlo encuadernado y con folios blancos de más para continuar escribiendo la historia la hizo sentirse muy feliz. Cuando su teléfono sonó, la muchacha sonrió. Era Víctor.

—Holaaaa —saludó—, ¿cómo va todo?

—Bien, bien —se apresuró a decir él—. ¿Dónde estás, cielo?

Belinda, que no quería decírselo, salió de la imprenta y, mientras caminaba hacia el parking para recoger su coche, mintió:

—Saliendo de la residencia. ¿Por...?

Víctor cerró los ojos al oír eso. Lo que estaba haciendo lo había pensado mil veces. Y, apoyándose en la pared de la casa que compartía con aquella, respondió mirando a los perros:

—¿Irene está bien?

Belinda llegó hasta su coche y, dándole al mando a distancia, afirmó con frialdad:

—Como siempre.

Víctor asintió y ella, tras abrir la puerta de su vehículo, dejó con cuidado el cuaderno que acababa de recoger y preguntó:

—Oye, ¿qué te pasaba anoche que no parabas de moverte?

—Dormí fatal —musitó él.

—¿Y eso?

—No lo sé.

Pero lo sabía. Claro que Víctor lo sabía. Entonces ella, ajena a todo, afirmó:

—Bueno, sé positivo, y piensa en lo bien que dormirás esta noche.

Víctor les tocó la cabeza a sus perros y volvió a asentir.

—¿Qué te apetece cenar esta noche? —preguntó entonces aquella.

—Lo que quieras, cariño.

Belinda sonrió. Quería preparar algo especial. Era su aniversario. Llevaban viviendo juntos cinco años y eso había que celebrarlo. De ahí los regalos que tenía para él.

—Venga, hombre, esa es la respuesta de siempre.

Víctor no contestó. Y, agobiado por la situación, sin recordar el aniversario contestó:

—Lo que tú quieras, sabes que siempre me parece bien.

Belinda sonrió. Tenía razón. Víctor era conformista en cuanto al tema comida. Se puso el cinturón de seguridad y antes de arrancar dijo:

—Vale. ¡Decido yo, como siempre!

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que él, recomponiéndose, dijo:

—Cariño, tengo que dejarte.

—Vale.

—Te quiero. No lo olvides nunca.

Belinda sonrió al oírlo. Adoraba que Víctor le dijera aquello, y respondió:

—Yo sí que te quiero. Luego nos vemos en casa.

Una vez que cortó la conversación y dejó el teléfono sobre el

asiento del pasajero, Belinda encendió la radio del coche y comenzó a sonar *Run the World* de Beyoncé. Mientras la tarareaba, la joven sacó sonriendo el vehículo del parking y se sumergió en el tráfico de Madrid.

Veinte minutos después, tras aparcar en un centro comercial, y dichosa por el bonito día, se encaminó hacia la tienda preferida de su chico. Si algo le gustaba a Víctor eran los videojuegos, y sabía cuál comprarle como regalo de aniversario. Ella siempre estaba atenta a todo. Le encantaba hacerlo feliz.

¿Había algo más bonito que regalar?

Mientras la dependienta buscaba lo que le había pedido en el almacén, Belinda abrió gustosa su móvil y miró sonriendo una foto de ellos dos con sus perros. ¡Qué feliz era!

Gracias a san Destino, Víctor y ella se habían conocido en un evento donde se presentaban juegos de ordenador, en el que Belinda trabajaba como camarera. Nada más conocerse el chispazo que surgió entre ellos fue tan brutal que ya no pudieron separarse.

Víctor era todo lo contrario de los hombres con los que solía salir. Era un par de centímetros más bajito que ella. Moreno, pelo rizado y bastante delgado. No iba al gimnasio. No era musculoso. No tenía tatuajes. Era un friki de los videojuegos que trabajaba en una tienda de informática, pero poseía una bonita sonrisa y, sobre todo, la hacía sonreír.

Cuando llevaban tres meses y tres días, Víctor apareció con un precioso anillo para ella. Que él le regalara eso emocionó a Belinda por su bonito significado, y fue entonces cuando decidieron dar el paso de irse a vivir juntos al pisito que Irene había comprado en el barrio de Legazpi y que había puesto a nombre de Belinda.

Un piso que la mujer disfrutó hasta que tuvo que ser ingresada en la residencia. Allí vivía Belinda con sus dos perros, *Jamón* y *Queso*, dos perretes que se encontró una noche al lado del cubo de la basura siendo unos cachorros. Fue verlos y enamorarse de ellos. Belinda estaba sola, su madre ya no vivía con ella, y *Jamón* y *Queso* pasaron a ser su única familia.

Víctor era antimatrimonio. Las bodas no eran lo suyo, a pesar

de que le había regalado el anillo. Ella quería casarse. Ser madre. Crear la familia que nunca había tenido. Pero por amor a Víctor había dejado todo aquello de lado. Si se amaban, ¿qué importaba todo lo demás?!

Una vez que la dependienta le entregó el videojuego y ella lo pagó, pasó por el supermercado al salir de la tienda. Quería preparar una cenita muy especial y, tras pensarlo un poco, compró gambas, que haría con espárragos trigueros, y de segundo, unos buenos solomillos a la pimienta. De postre, tartita de chocolate y nata. La preferida de ambos.

Feliz con sus compras, la joven metió las bolsas en su coche y se encaminó a su casa.

Al llegar, nada más abrir la puerta, su perro *Jamón* fue a saludarla. *Queso*, como siempre, cada vez que oía la puerta se escondía debajo de la cama de ella, pues era muy miedoso.

Estaba saludando a *Jamón* cuando *Queso*, al oír la voz de Belinda, salió de su escondite. Gustosa al verlo llegar hasta ella, se sentó en el suelo, donde se dedicó a dar mimos, besos y abrazos. Recibir el cariño que sus perros le daban era maravilloso y único. Y así estuvo un rato, hasta que de pronto se fijó en el mueble de la televisión. ¿Y esos huecos?

Pestañeando, vio que faltaban CD de música, películas y libros.

Pero ¿qué había pasado allí? ¿Dónde estaba lo que faltaba?

Levantándose del suelo, iba a caminar cuando le sonó el teléfono móvil. Al mirarlo y ver que era un mensaje de WhatsApp de Víctor, rápidamente lo desbloqueó y leyó:

Llevo meses dándole vueltas, y creo que la mejor opción es esta: Belinda, te dejo. Nuestra relación se acabó. Sé que me odiarás por ello, pero...

Bloqueada, dejó de leer mientras sentía que le faltaba el aire. No. Eso no podía estar pasando. ¿Acaso era una broma?

¡Joder, que era su aniversario!

Aturdida, se sentó en el sillón y, tras tomar aire, volvió a leer:

Llevo meses dándole vueltas, y creo que la mejor opción es esta: Belinda, te dejo. Nuestra relación se acabó. Sé que me odiarás por ello, pero he de ser sincero contigo y debes saber que conocí a una mujer y vamos a tener un hijo juntos. En cuanto a *Jamón y Queso*, son tuyos. No voy a pedir nada de ellos, aunque me gustaría que alguna vez me dejaras verlos. Te quiero y siempre te querré.

Sin dar crédito, y como si el móvil le quemara en las manos, Belinda lo soltó.

Víctor la había dejado. Su Víctor. Como había hecho Irene toda su vida, sin pensar en su corazón ni en sus sentimientos, la había abandonado.

Boqueando para no gritar como una loca, sus ojos se detuvieron en *Jamón y Queso*, y murmuró para sí:

—Menudo cabronazo... ¡En foto os va a ver...!

Cogió de nuevo el teléfono, volvió a leer el mensaje por tercera vez y, directamente, marcó el número de teléfono de Víctor, pero este no se lo cogió. Eso sacó de quicio a Belinda, que, cada vez más enfadada, le mandó un mensaje de voz que decía:

► «¿No solo me la estás pegando con otra, sino que vas a tener un hijo con ella, y encima eres tan jodidamente cobarde de dejarme por WhatsApp? ¡Serás sabandija! Y en cuanto a *Jamón y Queso*, ni se te ocurra acercarte a ellos o te juro que lo lamentarás.»

Tras enviarlo, volvió a llamar una, dos, tres, hasta veinte veces, pero él no se lo cogió. Estaba claro que daba por concluida su relación de aquella manera tan radical.

Belinda se puso en pie y fue hasta la habitación donde Víctor jugaba con sus videojuegos.

Al abrir la puerta, jadeó. Estaba vacía. Allí no estaban ni sus ordenadores, ni su mesa, ni su silla de *gamer*, ni sus archivos del trabajo... ¡Nada! ¡No había nada! Solo quedaban recuerdos.

Tomando aire, entró en el dormitorio que habían compartido durante cinco años y, al abrir el armario, el olor de Víctor la inundó. Al ver el interior vacío, cerró de nuevo con rabia y siseó:

—Maldita rata...

Según dijo eso, rápidamente le vino a la cabeza una canción que Irene cantaba cada vez que recordaba a su padre... ¿Por qué tenía que pensar ahora en aquello?

Volvió a mirar a su alrededor. Allí ya no había nada de Víctor. Se lo había llevado todo.

¿En serio era tan cobarde? ¿De verdad cinco años juntos no habían sido nada para él, pues era capaz de marcharse a hurtadillas sin pensar en cómo podía tomárselo ella?

Engañada... Se sentía terriblemente engañada por ese hombre, en quien había depositado toda su confianza. ¿Así se lo pagaba él? ¿Acaso san Destino ya no estaba a su lado?

Enfadada y molesta, miró el anillo que Víctor le había regalado años atrás. Llevar ese anillo en el dedo significaba algo para ella que ahora ya no tenía sentido y, tras tomar aire, se lo quitó, fue hasta el baño, abrió la tapa del váter y musitó mientras lo arrojaba al interior:

—La mierda con la mierda se va.

Acto seguido, tiró de la cadena y el anillo desapareció en cuestión de segundos.

Se tumbó en la cama y levantó la vista al techo, el mismo que tantas veces habían contemplado juntos imaginando viajes, mientras sentía que deseaba llorar, pero las lágrimas no le salían. Ahora entendía por qué él no había parado de dar vueltas la noche anterior sin poder dormir.

¿Cómo podía llevar tiempo con otra mujer sin que ella se hubiera dado cuenta?

Un hijo..., ¡Víctor iba a tener un hijo!

Quería llorar. Necesitaba llorar, pero, como siempre, desde hacía años, las lágrimas no aparecieron. Quería a Víctor. Lo amaba. Pero si algo le había enseñado una vida junto a Irene era a ser fuer-

te. Y aunque el dolor por lo que Víctor había hecho le partía el corazón, ella tenía la cabeza fría y muy bien amueblada.

Una vez más, la puñetera vida le insistía en que estaba sola, pero su cabeza le recordaba que debía quererse, ser egoísta y pensar en sí misma. Si ella no lo hacía, ¿quién iba a hacerlo?

Sentándose en la cama, miró a sus perretes, que la observaban desde el suelo con gesto triste. Sin duda entendían lo que pasaba. Para que luego dijeran que los animales no tenían sentimientos. Y, bajándose al suelo con ellos, dijo cuando estos fueron a consolarla:

—Por suerte, os tengo a vosotros... Tranquilos, estoy bien.

Y sí. Belinda estaba bien. Pero también estaba triste, humillada y decepcionada.

La vida le volvía a quitar a alguien. Su corazón estaba roto en mil pedazos. Pero su cabeza la animaba a continuar y a no dejarse vencer.

El hombre en el que había depositado todas sus ilusiones y su confianza le acababa de dar una patada en el culo para irse con otra mujer que le iba a dar un hijo, y eso dolía. Dolía bastante.

* * *

Dos horas después, tras haberse duchado, serenado y preparado una exquisita cena que compartió con *Jamón* y *Queso*, comenzó a sonar por la radio la canción *Te felicito*, de Shakira y Rauw Alejandro. Estaba claro que Víctor era un buen actor. ¡Qué bien había interpretado su papel!

Dolida, miró el cuaderno que había escrito para él y se sintió tonta. Allí contaba todo lo bonito que les había ocurrido, sus sueños, su amor, sus anhelos... Y, tomando un trago de su copa de vino, susurró mientras lo metía en un cajón del mueble de la televisión:

—Seré idiota...

Diez minutos después, tras servirse otro vinito y sentarse en el sofá, se miró la mano, donde ya no estaba el anillo, y resopló. Quizá tirarlo al váter había sido exagerado, pero rápidamente se reafirmó: ¡había hecho bien!

Convencida de haber actuado como su corazón le pedía, abrió

su móvil, buscó el chat de WhatsApp de Víctor y, con la voz tranquila, le envió un nuevo mensaje:

► «Mira, pedazo de rata. Si Irene no me hundió, ten por seguro que tú tampoco lo harás. Y recuerda: no sé ni cuándo, ni cómo, ni dónde, pero algún día, y a la cara, porque no soy una cobarde como tú, te voy a decir lo que pienso de ti.
Y ahora..., ¡que te den!»

Acto seguido, dejó el teléfono sobre la mesa, sacó el cuaderno que había guardado minutos antes y, con el corazón roto, comenzó a escribir cómo se sentía mientras tarareaba una vieja canción que tantas veces había oído cantar a Irene.